

EDITORIAL

AMADO BONPLAND, UN SABIO OLVIDADO

Eugenio de Bellard Pietri

Aún siendo frecuente, sobre todo en Venezuela, donde se olvida a los grandes hombres que lo han dado todo por la patria, no deja de ser duro y penoso recorrer las vidas de otros grandes hombres con los cuales la humanidad tiene deudas de agradecimiento y de admiración y que vemos no pocas veces despreciados, siempre relegados al polvo que deja el paso de la historia, olvidados sus esfuerzos y sacrificios.

Tal es el caso de Bonpland, inseparable compañero de Alejandro de Humboldt en el famoso *Viaje a la Regiones Equinociales del Nuevo Continente*, el más espectacular de todos los viajes científicos, realizado entre 1799 y 1804. Su verdadero nombre era Aimé Jacques Alexandre Goujaud, el cual cambió por Bonpland en su edad adulta, cuando su vocación de botánico cristalizó con singular esplendor.

Hombre de cualidades extraordinarias, Bonpland fue un científico tranquilo, extremadamente observador e indudablemente con profundos conocimientos no sólo de botánica, sino de zoología, geología, paleontología y arqueología precolombina. Según testimonio del propio Humboldt, a él se deben en su mayor parte las 60.000 plantas recogidas en el viaje a América, de las cuales 6.300 resultaron nuevas para la ciencia.

Nació Bonpland en La Rochelle el 29 de Agosto de 1773, y como hijo de médico exitoso, abrazó esta profesión. Sin embargo, se inició simultáneamente en la botánica, la cual lo cautivó desde un principio. Conoció al Barón de Humboldt en 1798 y entre ambos sabios se estableció una profunda amistad y compañerismo que consolidaron en el célebre viaje a América emprendido en Mayo de 1799. El brillante itinerario, de todos conocido, cubrió a Venezuela, Cuba, Nueva Granada, Ecuador, Perú, México y los Estados Unidos. Regresados a Europa, se establecieron en París con el fin de redactar y producir los trabajos de toda naturaleza que iban a ser el fruto de tan duras jornadas vividas desde las sabanas y selvas inhóspitas hasta las nieves eternas de los volcanes más altos de América.

Ya procesado gran parte del trabajo para 1816, Bonpland siente de nuevo que las tierras del Nuevo Continente lo llaman y viaja a Buenos Aires con su joven esposa en espera de las promesas de que se le iba a contratar para la creación de un Jardín Botánico y de un Museo de Ciencias Naturales. Bonpland se dedica a esperar, ejerce la medicina y hace colecciones de plantas, fósiles, reptiles y peces aguardando el cumplimiento de tales promesas. La esposa no soporta la larga espera y lo abandona luego de 8 años de matrimonio.

Este inesperado giro del destino lo transforma y Bonpland se aferra con pasión a las plantas, a la botánica, a la naturaleza, al estudio. Se convierte en poco tiempo en un nuevo americano, es un criollo más, identificado con los indios y campesinos de esas tierras pero también con los triunfos y desdichas de esos inmensos horizontes equinociales, turbulentos, sacudidos no pocas veces por revoluciones y autócratas sanguinarios. Se entrega con pasión al cultivo y desarrollo de la *yerba mate* en Santa Ana, frente al Paraguay, entonces dominado por el violento dictador Francia. Este, por temor a las actividades desarrolladas por Bonpland, ordena se destruyan sus plantaciones, lo cual cumplen 400 soldados a sangre y fuego masacrando a todos los indios y criollos, sin perdonar mujeres y niños. Bonpland es llevado preso al Paraguay.

Pese a una extraordinaria carta del Libertador Simón Bolívar, pidiendo su libertad, a similares de Humboldt y de otros sabios franceses y a otra de Don Pedro II, Emperador de Brasil, el dictador sólo expulsa a Bonpland del Paraguay en 1831, después de 10 años de cautiverio. Arruinado, pero lleno de temple, Bonpland no regresa a Europa, a Francia su tierra natal, sino se queda cuidando a sus enfermos y plantaciones en San Borja, donde lentamente se recupera de sus graves pérdidas económicas. Pero se rehace sólo para caer a los pocos años, nuevamente arruinado, esta vez por el dictador argentino Juan Manuel Rosas, quien le confisca todos sus bienes.

Sin arredrarse, vuelve a empezar y escribe entonces que sólo desea esperar su fin sobre los bordes del Río Uruguay con estas palabras:

Lo que yo más aprecio, mi sociedad de predilección, mis plantas que hacen mis alegrías y mi vida.... ¡Es aquí donde debo vivir y morir!

El 10 de Mayo de 1858 falleció serenamente.

Las enciclopedias más importantes del mundo de Francia y Estados Unidos desconocen su nombre. Su patria, Francia, prácticamente ignora su existencia; apenas le dedican unas seis líneas en un diccionario enciclopédico para mencionar que describió más de 6.000 especies botánicas nuevas.... ¡semejante olvido es ofensivo para la ciencia.!

Murió solitario entre sus flores y bosques de América, muy lejos de los honores y el ruido de los altos círculos sociales de París, de su patria. Quiso morir como un criollo más, envuelto en el embrujo de las aguas cristalinas de sus ríos y el ropaje espléndido de la flora salvaje que tanto amó.

Que descanse en paz el sabio olvidado.